

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

AL FUEGO LE GUSTA QUE LE CUENTEN HISTORIAS

Divagación sobre un otoño chino

ALREDEDOR de la fiesta de San Martín, es el tiempo de regresar de los caminos y de las aventuras al hogar, sentarse a ver arder un buen fuego, probar el pan del trigo nuevo —todavía quedan en la Europa cereal gentes que guardan la costumbre de no amasar, hasta San Martín, harina del trigo de hogano—, abillar la barrica del vino mozo, y mientras en las brasas se asan unas castañas o una morcilla del puerco que dio su vida por estos días, contar alguna historia, o leer algún libro. El padre maestro Feijóo se frotaba las manos, siempre frías, y se decía a sí mismo que ya había llegado al tiempo de los graves estudios. Yo siempre invento alguna historia, ahora, en otoño, viendo colorear los bosques de las colinas que cercan mi valle natal. Tengo que confesar que, con los años, sesenta cumplidos, me ha venido una dulce serenidad, y me apetece contar algo que tenga que ver con el «beatus ille». Y me tropiezo sin querer con algunos de estos dichosos. Con uno de ellos, si ustedes me lo permiten, invento un otoño chino, pues de China era él, el sabio T'ao Yuangming, que vivió cien años allá por los siglos IV y V, y escribió un autorretrato suyo con el título de «Vida del Señor Cinco Sauces», que es considerado como un modelo de la prosa clásica china. Es una versión original del «beatus ille» y es sabido que todas las versiones posibles del tema alían la melancolía con el hedonismo, y a algunas se le rompa dentro una nuez de Insuperable desesperación. Dice así el sabio de sí mismo:

—Nadie sabe dónde nació ni cómo se llama Cinco Sauces. Cinco sauces crecen alrededor de su casa, y de ahí le viene el apodo. No desea dineros ni fama. Ama la lectura, pero no se mete en arduas filosofías. Cuando encuentra un pasaje de mérito, se entusiasma y se olvida de comer. Le gusta el vino, pero como es pobre no lo puede comprar. Sus parientes y amigos, que le conocen la afición, lo invitan a beber una jarrilla. Bebe hasta emborracharse, se despide y se va, y no le importa dónde cae. Su casa no tiene tejado, y las paredes están llenas de agujeros, y ni uno ni otro lo protegen del viento y del sol. Viste casaca corta de lino, con remiendos y remontes, y su plato pocas veces conoce el arroz caliente. Todo lo da igual. Se pone a escribir, divirtiéndose en imaginar deseos y sueños, y olvida el mundanal ruido, los triunfos, las derrotas. Y cuando su hora, el señor Cinco Sauces, muere.

T'ao Yuangming era un saturniano, y a éstos parece ser que los engorda la melancolía. Los pintores chinos, según Lacoste, han utilizado el autorretrato de Cinco Sauces como tema exquisito y han pintado su choza arruinada en una colina, con los cinco sauces alrededor, y a la puerta de la choza al sabio escribiendo sobre sus rodillas, y en el sueño los pinceles y las pastillas de tinta, una negra, otra ocre, otra colorada. Pájaros dorados cantan en las ramas de los sauces, sobre la calva cabeza del sabio. Si llueve, las hojas no impiden que unas gotas caigan sobre la cabeza de Yuangming: una caricia perfecta, por otra parte, para la cabeza de un hombre feliz. ¿Y qué es-

cribe nuestro solitario amigo? El recién finado Ezra Pound recitaba una lista de títulos chinos, y hacía así un hermoso poema. T'ao Yuangming escriba quizás, una «Descripción del lirio fragante», que en nada menos que una meditación sobre los pies vendados de las mujeres, suma adquisición, a lo que parece, y lo afirma Lin Yutang, de la imaginación sexual del chino. En la fijación del deseo en el pie —aunque en otra forma del pie femenino—, los chinos coinciden con Victor Hugo, que decía que «el pie descalzo es celeste». El chino a los breves pies de sus mujeres les llamará «niños de jade pálido», y a los dedos de cada pie «los cinco dientes rosados del niño de jade pálido». Pero acaso el señor Cinco Sauces escribe la «Disputa del labio con el agua del olvido», que es un tratado del vino de arroz. Pero, quizás, ni de pies femeninos ni de vinos escriba Cinco Sauces. Es el dulce otoño de la novena luna. ¿Nos vienen, desde la ribera a los sauces, en la hora vespertina, las palomas torcaces? ¿No desciende lentamente por el río una lancha en la que alguien ha encendido ahora mismo un pequeño fuego de cañas para hacer la cena? El fuego es mucho más que encenderlo: hay que detenerse a ver como la llama aviva y medra, sentir la caricia del calor, contemplar los rostros que las llamas iluminan: las lenguas se hacen más fáciles y verdaderas a la vista del fuego, y los corazones más generosos. En mi Galicia se cree que al fuego le gusta que le cuenten historias. ¡Qué gran tema para un sabio como Cinco Sauces!

Por el camino empedrado que lleva al puente de las Linternas viene un amigo a visitar a Cinco Sauces. Trae escondida, bajo la túnica, una jarra de vino. Cinco Sauces enrolla el volumen, limpia los pinceles, guarda las pastillas de tinta, cuyo dulzor aman los ratones. Canturrea una canción cualquiera, y cuando llega el amigo con la jarra, la toma en sus manos, lentamente la hace girar, huele una y otra vez el vino antes de probarlo, y confiesa al amigo que estaba escribiendo de una viuda que en su corral para cada gallina tenía un gallo, lo que le costó sus bienes, que fue declarada herética por tan notoria defensa de la monogamia. Esto había sucedido en la época Wei de los Tres Reinos. Los dos amigos pasean hasta el puente, mascando semillas de girasol, y cuando llegan al puente, se esconden en la barandilla para ver como la gran flor azul de la luna surge sobre la Colina de la Cascada. Se oye la seda del río deslizarse por entre los largos dedos arenosos de las orillas. No canta el ruiseñor en la rama de la morera, porque ya se ha ido hacia el Sur. También se han ido no se sabe para dónde los chinos de antaño. Quizás ya solamente sea posible inventar un otoño chino, a cien pasos del huerto de fray Antonio de Guevara, en Mondoñedo. Fray Antonio ni siquiera sospechó la existencia de sabios en China. ¡Qué máximas no habría inventado para poner en su boca, de haber sabido de Confucio y de T'ao Yuangming!

Alvaro CUNQUEIRO

CIENCIA Y CIENCIAS

LOS SUEÑOS DEL DOCTOR FREUD

YA constituye un síntoma alarmante, y no poco, el hecho de que los «literatos» le tomasen tanta afición. La llamada «gente de letras», en general, no suele sentir gran interés por las ciencias: entre otras razones, quizá, porque tiende a convertir en «literatura» todo lo que toca, y las ciencias se resisten a estas jivales metamorfosis. Hablo ahora de las «ciencias» seguras: pongamos la física, las matemáticas, la biología o la química. No ha de sorprendernos, en cambio, que los «escritores» sean a menudo notoriamente porosos a las seducciones de la historia, de la sociología, incluso de la economía, zonas del «saber» más o menos académico, en cuyo fondo nunca falta una dosis mayor o menor de lirismo. Más aún tenía que ocurrir con la «psicología», desde luego, donde todo el monte es orégano... Las «ciencias humanas» apenas son verdaderas ciencias, dicho tan respetuosamente como convenga. Lo de Freud fue ya el acabóse. Los surrealistas le sacaron punta a su gusto: bastantes novelistas, y no siempre mediocres, se nutrieron de sus famosos «descubrimientos»; un sector de la crítica literaria se apoderó de los «complejos» y del «inconsciente» para articular un nuevo «método» de interpretación de textos. Todavía hoy subsiste el entusiasmo, gracias a las alegres combinaciones que con un cierto pseudomarxismo y con la moda se hacen a cuenta de Wilhelm Reich o de Herbert Marcuse...

Mal señal era, en efecto, que los papeles de Sigmund Freud recibiesen esta acogida. Pero ni siquiera era necesario para despertar sospechas: pese al fichero clínico —no muy gordo en definitiva— con que pretendía apoyar sus lucubraciones, el resultado final ya parecía, a simple vista, más bien «científico», si no «anticientífico»... Y el caso es que el asunto se consolidó. Tal vez porque el tema era revulsivo y, sobre todo, picante. O bien fue consecuencia de haberse ganado, a la larga, una vasta plantilla de alumnos boquiabiertos y provechones. ¡Y tanto como se consolidó! «Talmudista del hipogastrio», dijo alguien de alguien: la definición sarcástica mejor le convenía a Freud que al ingenio Marañón. Los libros de Viena se convirtieron en Talmud cosmopolita, y cuando la ira de Hitler provocó la Segunda Diáspora, Norteamérica se llenó de cátedras, consultorios y monografías que daban al fenómeno una base notoriamente jovial y eficaz. No olvidemos que, para ser rentable, el psicoanálisis tuvo que derivar en terapéutica, con tarifas altas. La figura del «psiquiatra» pudo ser otra cosa, y se quedó en eso: en un arreglito freudiano. También hubo «heterodoxos» —Adler, Jung—, pero casi nadie les hizo caso. Hollywood incorporó el asunto a sus programas, y la propaganda fue total.

En mi juventud resultaba difícil leer a Freud. Algunas oficinas públicas le habían calificado como «autor vitando», y pasó a la clandestinidad. Aquel recelo administrativo no dejaba de ser chocante. Todavía ahora no me lo explico. En su origen, tuvo que haber un dictamen o un consejo procedente de Dios sabe qué convento. Bien mirado, habría sido más lógico que los «antifreudianos» de entonces hubiesen intentado una especie de compromiso o componenda teóricos. Al fin y al cabo, un escolástico tradicional y un psicoanalista de trepa coincidían en un extremo importante: coincidían en el supuesto de admitir, en el hombre, un «algo» extra-anatómico, que unos llamaban «alma» y otros «psique» o algo por el estilo. Uno y otros, además, practicaban la operación catártica de la confesión auricular... Ciertamente, las distancias eran también enormes. Sería ridículo ocultarlo. Pero el acercamiento no era imposible. La «psicología escolástica» no emana de la Sagrada Escritura, sino de Aristóteles, y tan «paganos» —tan fuera de la fe— era el estagirita como el vienés. Y el nivel «religioso» podía coexistir con el nivel «médico». En principio, al menos. Últimamente, algunas pequeñas comunidades religiosas han intentado meter a Freud en su regla, y, aunque el episodio ha sido mal visto por Roma, el indicio merece detenerse.

Freud, sin darse cuenta, o dándosele, era un aristotélico de tomo y lomo. Entendiéndose: quiero insinuar que se mantuvo en el terreno de las conceptualizaciones absolutas, de un «idealismo» frenético. En los Seminarios Conciliares se hablaba de «las potencias del alma», o de sus «facultades», o de «categorías», del clan freudiano surgían nociones como las de «libido», «complejo de Edipo», «id», y todo lo demás, incluida la onirancia. No afirmo que Freud y sus muchachos «inventasen»: sus conclusiones respondían a una observación relativamente atenta del comportamiento del vecindario. Las de la «psicología clásica», también. Y desde ambos lados se producía el mismo y perverso truco intelectual: «ontologizaban» lo que veían, y sólo veían eso, «comportamientos». Y era peor, mucho peor, lo de los freudianos. Porque, en resumidas cuentas, el planteamiento de la rutina tomista se autojustificaba en su condición religiosa. Su «verdad» no era la de la ciencia, y no necesitaba darle un soporte racional, razonable o racionalista. A lo sumo, «razonaba» las implicaciones éticas de la conducta humana, y ello es otro problema. Los freudianos, por el contrario, adoptaban la augusta actitud de la ciencia profana. Y no. De «ciencia», nada. O casi nada.

Todos los que hemos sido oyentes apacibles de muchos sermones de Cuaresma, recordamos aquel párrafo —inevitable— con que el predicador de turno trataba de desenmascarar la falacia de los argumentos impíos contra la existencia del «alma inmortal». Se cuenta que un cirujano experto, de larga actividad profesional, y ateo, advertía: «He hecho centenares de operaciones, y nunca mi bisturí ha tropezado con el alma». El orador sagrado tenía derecho a rehusar la objeción. El «alma», las «almas» que él esperaba salvar, pertenecían a un orden de «entidades» sin ninguna relación con la medicina. Las jivales especulaciones del freudismo caen dentro de la jurisdicción de la ciencia, y ahí, el bisturí tiene la última palabra. Aduzco el «bisturí» como referencia cómoda: los aparatos disponibles deben ser muchos y complejos, a estas alturas. Afortunadamente para la clientela. Las «neurosis», o son como el reuma, la anemia, el sarcoma, el infarto o el juanete, o no hay más remedio que conferirlas a la esfera metafísica de «las potencias del alma». El doctor Freud manifestó siempre un desdén escandaloso por los nervios de sus pacientes.

Y aquí digo «nervios» —el «sistema nervioso» entero— en el sentido más directo y elemental de la palabra. Me reconozco ignorante en este campo, y he de abstenerme de ir más allá de donde puedo, que es la constatación objetiva de la «regularidad» o «irregularidad» de un determinado proceso intelectual: el de Freud. Que en vez de los «nervios» sean las «glándulas», o que sea el inocente y sencillísimo «esternón», es secundario. Lo que pretendo subrayar es la ausencia de base «material», el «antimaterialismo» resuelto e insolente, de las teorías de Sigmund Freud. Ese violento olvido del «cuerpo» —cuando científicamente se habla del «alma» da grima. Los «complejos» —si vale la pena aceptar el cliché como recurso instrumental, para entendernos— no son, en realidad, acontecimientos «metafísicos», sino «físicos» y muy «físicos». El hecho de que todavía los técnicos del ramo no hayan precisado si el «complejo de Edipo» procede del fallo de un bazo o de algunos ganglios subalternos, no autoriza a traducir la molestia en fórmulas de tragedia griega o de comedia burguesa. Mi subconsciente puede que no sea más que mis «reflejos condicionados». Etcétera. El «bisturí» simbólico sigue siendo la piedra de toque. Y de nada sirve chuparse marcusianamente el dedo.

Jean FUSTER

LOS RECUERDOS

LUZ Y SOMBRA DEL CARLISMO

SE abrieron los ojos de mi infancia a un viejo salón, en el que campeaba la efígie rotunda y hermosa de Carlos VII con su dogo a los pies en el veneciano Palacio Loredán, donde transcurría su destierro. Doña Emilia Pardo Bazán, ante la imagen del pretendiente, sentía derretirse todo su craso entusiasmo, afirmando que era el último rey de verdad de Europa, heredero de los viejos reyes legendarios. La foto, enmarcada en plata con las flores de lis, llevaba una dedicatoria cordial para mi abuelo, Ricardo Blanco Cicerón, arqueólogo incansable, como su correligionario y amigo el marqués de Cerralbo, jefe regional carlista de Galicia y fiel entre los fieles a la dinastía proscrita. Por otras salas de nuestra vieja casa compostelana colgaban, o rodaban, otras fotos: don Jaime, el primogénito y heredero, con su uniforme de coronel de husares del ejército ruso o con Vázquez de Mella en el austriaco castillo de Froehsorf. El mismo don Carlos con sus leales, en entrañable daguerrotipo bajo el árbol abuelo de Guerrica tras de jurar los fueros...

Era todo como un cirio encendido en aquella lejana Compostela de mi niñez. Cuando Alfonso XIII venía a Santiago las ventanas de mi casa familiar se cerraban respetuosamente pero implacablemente. Yo bebía este licor embriagante y austero y discutía ampliamente en mis mozos años universitarios con los obreros santiagueses de la C. N. T., entre los cuales tenía excelentes amigos. Y yo les decía a mis amigos de la C. N. T. que el carlismo no había encontrado

nunca eco, afortunadamente para él, entre la burguesía capitalista, y que en esta vena íntima y popular podría haber, en un sentido soreliano, algo más que una pura coincidencia. El carlismo era en efecto humano, popular y abierto, mucho más de lo que sus enemigos han propagado, al mejor diálogo. Nunca figuraron en él los Cresos ni los banqueros. Alguna vez habrá que incidir sobre este tema, que estimo más profundo de lo que a simple vista parece.

El carlismo fue siempre regionalista y enemigo por tanto de la monstruosa centralización que hoy nos toca padecer. Figuras señeras de regionalismo gallego; como Brañas, o Lósada Diéguez, proceden precisamente de él. Si fue, y es su mayor gloria, un movimiento pobre de recursos financieros, pero iluminado con la ayuda de un aura popular que jamás, ni en los peores tiempos, le fue negada. Aparte algunas viejas familias compostelanas como la de mi abuelo, que eran carlistas de antiguo, el círculo del mismo nombre en Santiago se componía en su mayor parte de gentes humildes, muchos de ellos obreros. Una de las figuras gallegas más interesantes, y literariamente la más insigne del carlismo, fue don Ramón del Valle Inclán. Su carlismo está muy alejado de una mera estética, como se ha pretendido demasiado alegremente al recordar aquellas palabras decadentes del marqués de Bradomin, cuando dice que el carlismo tiene la belleza de las grandes catedrales y que lo mejor del carlismo es no ser poder nunca. Recordamos la emoción con que don Ramón

visita Navarra para «documentarse», en el mejor sentido de la palabra, sobre el escenario de la última guerra carlista, de donde surgirá la «Trilogía» sobre la misma; para mí, con «Tirano Banderas» y «Las Comedias Bárbaras», lo mejor de su gran obra. Don Ramón se presenta como diputado a Cortes carlista por Monforte en 1910, es «Caballero de la orden de la Legitimidad Proscrita» y los retratos de los reyes figuran en los avatares de sus traslados siempre en lugar de honor. Sus hijos se llamarán Carlos y Jaime...

Si después don Ramón evolucionó en otros aspectos, es fruto respetable de su inteligencia; como cuando nos dice: «... en el siglo XIX la Historia de España la pudo escribir don Carlos, en el XX la está escribiendo Lenin».

A don Juan Vázquez de Mella, gran amigo de casa, lo recuerdo, también desde mi lejana niñez, haciendo travesuras para que le dieran más azúcar en el café, cosa que le estaba prohibida por la diabetes. Oírlo en conversación particular resultaba superior en emoción y gracia, a cualquiera de sus torrencios discursos. Era fascinante... ¡Cuántas sombras y cuántos recuerdos!

Hoy, para todos los leales, el carlismo es recuerdo, aunque recuerdo entrañable. Polvo si queréis, pero polvo enamorado. Oficialmente no tiene nada que hacer. Eso dicen, aunque en política nunca se sabe...

José M.^a CASTROVIEJO

MUEBLES
TARRAGONA

Compro cuadros

Pintados al óleo de pintores famosos, antiguos y modernos. Pago buenos precios. C. Canuda, 4. Teléfono 231-34-45

AHORA DORMIRA MENOS, vivirá más

«RELACIONES-CLUB» le ofrece la gran solución: conocerá nuevas personas, escogerá las que sean de su agrado y todo sin ningún compromiso. Así de sencillo y con reserva absoluta información bajo sobre cerrado sin indicación exterior. Sólo adjunte 6 sellos de 2 ptas. al APARTADO n.º 400, SABADELL (Barcelona)